

S I M A

(Un relato de sombras)

Serafín Martín Vidriales

Febrero, 2023

¿Qué sabe nadie, qué sabemos nosotros, del puñal que nos herirá, de las manos que nos estrangularán, de la bala que nos estallará la cabeza? ¿O en qué plaza, en qué calle, en qué ciudad, bajo qué cielo caeremos un lozano día para no levantarnos más? (Crimen. Agustín Espinosa)

MARTES

Aun tenía en la cabeza el rugir del agua cayendo por la catarata. Dejó el maniquí desnudo sobre el lecho del río solo por saber, ver y contemplar como flotaba, como inexorablemente se iba acercando a la cortina de agua, como desaparecería y como sería incapaz de evitarle la caída aunque cambiara de opinión.

Llegar hasta ese punto del río le costó lo suyo. Era una vieja idea ensoñada desde que tuvo uso de razón. Una de sus chanclas cayó al pocillo que formaba el agua sucia de un arroyuelo de desagües. Buceó en aquel maloliente líquido, pero fue imposible dar con la zapatilla y regresó a su casa cojeando con el pie ensangrentado, inventando una absurda historia de cómo había perdido el calzado.

Tuvo que andar más de 10 kilómetros con el maniquí a cuestas procurando que no se desmembrara, que no era difícil. Los brazos y las piernas estaban unidos por unos cordones demasiado finos para ese largo trayecto. También le costó escuchar muchas risas. Parte de la caminata transcurría por la ciudad y no estaban acostumbrados a ver a un calvo total con un maniquí a cuestas y encima desnudo.

El sexo del maniquí poco importaba, pero fue motivo de grandes disquisiciones. La verdad es que no tenía atributos masculinos, pero los pechos eran demasiado pequeños para ser de una mujer. Tampoco tenía vello púbico y esto molestaba un poco, pues ver cargar con un maniquí adolescente de esa manera era toda una provocación inadmisibles.

Dijo: hoy es el día. Entró en el establecimiento, se fue directo al escaparate y cogió el maniquí que tenía más a mano. Lo desnudó por completo. Le desposeyó de la camisa, del jersey a pico y los pantalones impecables planchados con raya, de los calcetines con motivos deportivos y echó a andar; no tenía muy claro a donde.

Tuvo tres caídas, tres. Nadie le ayudó a levantarse y a cargar con el pesado objeto, nadie le jaleó ni animó. Los valientes no miran atrás, se decía, y no le importaba un pimiento si alguien fruncía el ceño al verle pasar con semejante objeto.

Ya fuera de la ciudad, donde las casas eran motas del paisaje, descansó. Apoyó al maniquí en un árbol, se sentó en la hierba húmeda y se comió un bocadillo de salchichas al vino, tan frías que costaba partirlas, que le supieron a gloria. El esfuerzo le había dado unas inusitadas ganas de comer ya que él, enjuto de carnes, era de casi no comer y alimentarse de a pocos. Pocas veces se paraba para hacer una comida de verdad, solo un poquito ahora, otro

después y así pasaba los días. El hambre voluntaria o forzosa mantiene el espíritu despierto y vivo.

Hubo un momento en que le asaltó la duda. Precisamente cuando se estaba comiendo el bocadillo. Era el momento ideal para dejar allí el ser andrógino de mentira y largarse por donde había venido y continuar camino sin tener que dar explicaciones, pero la revelación le hizo cambiar de idea.

El riachuelo a sus pies, donde se paró a comer, se puso en pie, creció desmedidamente a lo ancho y le surgieron unos afluentes informes a los márgenes que le abrazaron, estrujaron y le hicieron convulsionar.

Al poco, afortunadamente solo duró unos instantes, el riachuelo volvió a ser riachuelo sin afluentes y él quedó aturdido y convencido de que no tenía escapatoria y debía continuar con aquella pesada carga.

Cuestión de volumen. Se plantó delante de la puerta del rascacielos al final de la avenida, después de la curva que le desviaba al este e inocentemente llamó a la puerta. Lógicamente nadie salió a abrirle, allí no había nadie, estaba ante un lugar vacío. Dio un patadón al cristal de la entrada y este se desperdigó por el suelo hecho mil pedacitos inservibles.

Entró. Soledad, silencio y vacío era lo único que se podía respirar además de un espeso aire de humedad y frío. Estaba desnudo. No había en su entorno ni un pequeño harapo con el que cubrir su helado cuerpo.

Recorrió la primera planta y durante toda la estancia le persiguió el ulular del viento y no había siquiera una columna donde guarecerse o esquivarlo. El viento era suave, helador. Le dio por correr de aquí para allá, pero enseguida se tropezaba con las paredes que delimitaban la planta sin ventanas con luz escasa, que ni se veía ni se adivinaba, así que para huir del viento que le atormentaba subió a la segunda planta.

Aquí, habitación tras habitación fue seguido por un silbido agudo que le atravesaba los oídos. Con las manos apretadas en los oídos trataba de averiguar de donde venía aquella horrible tortura. Incapaz de averiguarlo corrió a la tercera planta.

En esta las sombras le seguían, la suya y otras desconocidas. Envuelto en sombras y pavor se empeñaba en encontrar la escalera por donde subió para escapar. Inútil. No solo había una escalera. La planta estaba llena de escaleras sombra que no bajaban a ninguna parte. Solo era clara la escalera para subir.

Subió a la cuarta planta. Estaba totalmente nevada y tuvo que moverse con mucha precaución pues a veces sus piernas se hundían hasta la ingle y dudaba que fuera capaz de dar el siguiente paso. Para su asombro no era una

nieve fría, sino que estaba tibia y algo pegajosa, como si intentara retenerle, lo que le obligaba a dar zancadas rápidas para no quedarse allí pegado.

En la quinta planta estaba dominada por la niebla. Una niebla espesa que no le dejaba ver absolutamente nada. A trompicones, con las manos por delante para no tragarse ninguna columna o pared iba buscando como escapar de allí. Le costaba respirar. La niebla era demasiado sólida y le arañaba la garganta y se le clavaba en las vías respiratorias, en el estómago y parecía que de un momento a otro se le escaparían trozos de niebla por los dedos de los pies, de las manos. Le costó encontrar la única vía de escape. Una vez que la halló, una vez más esta era ascendente.

En la sexta planta pastaba un rebaño de ovejas; ovejas, borregos y carneros a partes iguales. Ovejas sucias con las chorreras llenas de estiércol. Muchas ovejas, muchos carneros, muchos corderos. Las ovejas balando, los corderos balando y ninguno quieto. Se movían sin sentido para todos los lados removiendo el olor agrio y espeso de sus cuerpos. Al fondo se veía la escalera que le podría llevar a una planta más arriba. No sin esfuerzo se fue abriendo paso en aquella espesura de lana sucia hasta alcanzar el ansiado objetivo: salir de allí como fuera, subir.

En la séptima se encontró con el silencio, con ese silencio que solo da el sueño en mitad de la noche. Sin aire, sin luz, sin el ruido de los camiones de la basura que atraviesan las ventanas, predominaba el silencio. No ese silencio denso que a veces se produce en el miedo. Este era un silencio llevadero, dulce y agradecido. Si hubiera contado con una tienda de campaña o con una pequeña cama o con una estera tan solo, se hubiera acurrucado en cualquier rincón de aquella planta de lo bien que se encontraba en ese silencio, pero sin nada decidió ascender.

Nada que ver. Allí todo era bulla, aplausos. Gorjeos y más gorjeos y calentamiento de voces que no terminaban de decantarse por ningún cántico en particular. Los actores ni se inmutaban, pareciera que no le veían, incluso cuando se aproximaba a ellos levantaban el tono, disfrutaban fastidiando. Un asco. Salió corriendo a la novena.

Le recibió un gran bosque de álamos negros, álamos blancos, chopos y otras maderas pobres. Estaban a finales de primavera y en su mejor momento de vegetación. Los árboles rebosaban de hojas de un verde intenso. Debajo de las ramas reinaba la sombra, una sombra oscura y fría. Allí no se podría vivaquear del frío que poco a poco se apoderaba de la carne y los huesos.

En la undécima se encontró con un hipermercado. Cazuelas, frigoríficos, lavadoras, botas para niño... todo bien colocado y ordenado por sectores y colores con sus dependientes pulcramente aseados y de uniforme flanqueados en cada sección. A su paso se limitaban a sonreírle ligeramente o le saludaban

con una casi imperceptible inclinación de cabeza. ¿Qué hacer allí? Era obvio que nada se le había perdido entre aquellos objetos y que no tenía necesidad de adquirir ninguno. No obstante se recorrió toda la planta. Le cogió gusto a eso de que todos los empleados le reverenciaran. Eso estaba bien, le hacía sentirse bien y le divertía. Pero ascendió una vez más.

La duodécima nada tenía que ver con ninguna de las anteriores. El suelo de papel de aluminio crujía a cada paso y sonaba a envoltura de cadáver. Brillo, color plata y brillo, color oro deslumbrante. Ni de puntillas se podía andar por ellas sino se quería arruinar el pavimento y no sabía si eso podría traerle consecuencias, así que como pudo alcanzó las escaleras que conducían a la siguiente.

En la decimotercera predominaba la ausencia de gravedad, puro vacío y pura oscuridad. Avanzar con un pie costaba menos que un pensamiento, los pasos eran impredecibles y no se podía saber si había alargado la pierna tanto o cuanto, todo etéreo, rítmico. Se recorrió a grandes saltos toda la planta. En un principio parecía agradable pero la falta de sensaciones le llevó a la decimocuarta.

Allí todo era espero. Un aire sucio de heces, pises y recuerdos opacos ralentizaban los movimientos y los actos. Escocían los ojos, la nariz se negaba a respirar y en la boca no cabía semejante volumen. Huir lo antes posible fue todo un acto de heroicidad.

Sin saber exactamente cómo se encontraba en la planta vigésima sin posibilidades de continuar. Era la última. No había más. Estaba en la azotea tocando las nubes y el azul del cielo. Estaba alterado, nervioso de un lado a otro apoyándose en el murete que impedía caer al vacío sino era intencionadamente. La puerta por donde llegó a aquel lugar se había desvanecido por lo que no era posible el regreso, sin posibilidad de continuar. Daba igual hacia donde se dirigiera, aquello era el fin y el fin tenía el número veinte grabado a fuego.

De la fachada norte partía un tobogán. Un tobogán de madera que desde la planta veinte se deslizaba hasta el suelo firme. Metros y metros de cuesta abajo para poder huir del mundo de las nubes, de la niebla.

Faltaba valor y sobraba miedo para lanzarse por aquel montón de maderas barnizadas y poder continuar el camino. El vértigo se apodera del cuerpo, paraliza la mente y los músculos.

Sin convicción se apoyó en el pretil, cerró los ojos y se dejó caer.

El estómago se le vació. Los pies viajaron a la cabeza y bajaban y flotaba a velocidad inusual sin apenas rozar aquel artilugio que le llevaba a tierra firme. Un deslizamiento de ensueño, un transporte sin materia.

El maniquí caía envuelto en la espuma del agua y parecía que luchaba por no caer hasta que desapareció envuelto en espuma y por más que Carlos se quedó mirando al agua que golpeaba el lecho del río, no consiguió hacer emerger al maniquí, se había pulverizado, desaparecido.

JUEVES

Fueron los pies. Se los quedó mirando muy fijo. Los pies no paraban de moverse. Se encogían los dedos, acariciaba un pie al otro, con mucha sensibilidad. Se podría decir que con los pies se inició todo, un ritual desesperado de sensaciones que despertaron deseos ocultos, sentimientos que nunca hubiera pensado que se podrían tener. El ritmo lo marcaban los dedos. Movimientos sinuosos, bruscos, lentos. Danza del pie izquierdo que daba paso a la del pie derecho y a veces juntos. Por los dedos de los pies se iba despertando el ser sensual que dormía desde que le abandonó sin ninguna explicación María de los Ángeles.

Le costaba quitarse la visión que le perseguía del maniquí desnudo cayendo en la catarata, ahogándose.

Se tumbó en la cama sin desvestirse, a oscuras y con los ojos cerrados.

Comenzó a sudar. Fuera no hacía calor, en la habitación tampoco, pero él sudaba. Empapaba las ropas, la cama y el sudor se escapaba por debajo de la puerta huyendo a la calle, escaleras abajo. Trataba de no pensar. Se concentraba en cada uno de sus músculos para que no se movieran, para que no vibraran. Solo el sudor escapaba a su control.

Era consciente de que por lo menos tuvo un lapsus de veinticuatro horas de total de ausencia de consciencia después de la caída del maniquí. Veinticuatro horas o más y no era una sensación desagradable, no había nada que recordar de ese tiempo, como si se hubiera apagado un interruptor cuando cayó el maniquí y se hubiera vuelto a encender un tiempo después de un momento plano, de una oscuridad indeterminada.

La pared próxima a los pies de la cama mediaba con la de su vecino. Aupada la cabeza con cojines y almohadones pudo ver como aquella pared empezaba primero a humedecerse y poco a poco a manar.

Al otro lado jugaban unos niños. Voces conocidas.

Asustado por la inundación que iba a acabar con todo salió al descansillo de la escalera para advertir al vecino. La puerta se le cerró y quedó en calzoncillos fuera y sin modo de entrar a coger algo con lo que proteger su cuerpo.

Estaba desnudo, con frío, fuera de su casa y con las manos atadas para cualquier acción. No podía ni sonarse la nariz.

Solo tenía que despertar para acabar con aquella nueva angustia, pero quería saber en que acababa aquello y de quiénes eran las voces conocidas de detrás de la pared que no lograba identificar.

Era un poco tarde y aunque cerraba los ojos muy prietos no conseguía enganchar ninguna nueva imagen con las que ya se habían desvanecido.

Volvió a cerrar los ojos y levitaba. Intentaba mover las extremidades y los músculos no obedecían a las instrucciones que les llegaban desde el pensamiento. Pensar, pensaba. Era consciente de cada una de las partes de su cuerpo. Pierna derecha, izquierda, brazos, órganos sexuales... pero nada respondía a su dictado. Tampoco sabía cuánto tiempo estaba en esa situación. ¿Horas, días, semanas...? Imposible saberlo. Su consciencia no llegaba más atrás de hace un momento y eso no era cuantificable. No había más alternativa que seguir con los ojos cerrados, esperar que pasara algo y cuando hubiera lugar actuar, si podía.

Las sillas están vacías. Hay dos y una proyecta su sombra hacia el norte, la otra al sur. Son sillas de respaldo corto que no valen para nada, casi ni para sentarse. Entonces no se entiende porque se las llama silla y no otra cosa cualquiera.

Tomaron asiento las figuras más representativas de su vida: su madre y su padre.

Ahí estaban con los ojos entornados mirando el suelo avergonzados de haber procreado un ser semejante y dispuestos a ser sometidos a un bombardeo de preguntas por las intenciones que les llevaron a concebir un ser semejante.

--¿Me reconoces?

--¿Estarías dispuesto a dar tu vida por mí, si yo fuera tu hijo?

--¿Disfrutabas dándome de comer?

--¿Os disteis cuenta de cuando me masturbé por primera vez?

--¿Sabíais cuando hacía pellas?

--¿Estabais atentos a cuanto crecía cada día?

--¿Sabíais si tenía frío o calor, si había dormido bien o mal, si era lunes o martes?

Una y otra vez les torturaba con estas y otras preguntas.

Los padres empequeñecían en aquellos asientos de respaldo cortos, con la mirada baja y doloridos de sentarse enfrente del hijo que les juzga.

En un arrebato de ira, o ante la falta de respuestas, tomó un hierro candente y con el golpeó sus cabezas hasta hacerlas harina. Asunto concluido. No se hable más. Como habían llegado hasta allí y como se habían desarrollado los hechos era poco menos que un misterio.

Se hizo el silencio, los padres se desvanecieron y las sillas volvieron a estar vacías.

Poco a poco las sillas fueron ocupadas por hermanos, amigos, novias, vecinos, compañeros de trabajo, personajes televisivos, actores, cómicos y hasta por mascotas ya fallecidas, en un carrusel de imágenes en blanco y negro.

Ninguna imagen se proyectó lo suficiente como para darle tiempo a decidir qué hacer o que decirles. Solo con las paredes hubo consecuencias. Todo transcurría demasiado rápido.

VIERNES

Carlos se levantó después de veinticuatro horas, muchos sueños y algún que otro sobresalto. Nada estaba decidido y todo podía pasar.

Salió a la calle a medio vestir. Ya fuera del edificio terminó de ponerse el jersey y una vieja chaqueta. Se atusó los pelos de la cabeza con la mano para estar algo presentable y se frotó los ojos con los dedos índices semicerrados para terminar de abrirse.

La calle era suya, la ciudad, el mundo. Ni un pistolero del lejano Oeste caminaría con tanta chulería y con tanta seguridad. Con cada paso echaba todo el peso del cuerpo sobre la pierna adelantada que avanzaba exageradamente, parecía que fuera a caer hacia delante pero se incorporaba marcando los movimientos y repetir el mismo gesto con la otra pierna.

Debajo de la cinturilla del pantalón, protegida de la vista de los demás, ocultaba una pequeña pistola de bolsillo por lo que pudiera ocurrir. En la jungla nunca se sabe y la ciudad y sus calles son una auténtica jungla de miradas obscenas, hierros, luces, voces y ruidos que te taladran las emociones.

Hacía un poco de frío, soportable, pero frío. Se subió el cuello de la chaqueta y escupió largo, sólo por escupir, por quitarse aquel montón de saliva pastosa de la boca.

En una cabina de teléfonos, próxima al edificio donde había dormido, un hombre no demasiado alto de aspecto pulcro, bien peinado y afeitado que olía a buen desodorante y perfumado hablaba con alguien, o eso aparentaba.

Se colocó a unos pasos de la entrada de la cabina y esperaba impaciente a que el hombre terminara su conversación. Pasaban los minutos y el buen hombre parecía que no tuviera prisa en acabar y Carlos, cada segundo se impacientaba más.

Por fin el buen señor acaba. Dijo: adiós, ya hablaremos más tarde, a su interlocutor. Colgó el teléfono y se dispuso a salir.

En ese momento Carlos sacó la pistola de bolsillo y casi a quemarropa hizo un certero disparo que obligó al buen hombre a doblarse rítmicamente y caer al suelo con un aggg y un ¿por qué? No dijo nada más.

Carlos le esquivó, entró en la cabina y llamó a su madre, fallecida hacía algún tiempo.

--Mamá, hoy voy a pasar todo el día fuera, no me esperes a comer.

Salió de la cabina, esquivó de nuevo el cuerpo del buen hombre tendido en el suelo, ahora muerto, para no pisarle, y continuó su andanza.

No empezaba nada mal el fin de semana. Para Carlos, los fines de semana comenzaban en viernes. Bueno, pero no en esta, que había semanas que comenzaba en jueves, sino antes.

Se guardó la pistola aun caliente de nuevo en el bolsillo de la chaqueta, volvió a subirse el cuello de la chaqueta y con la cara bien alta, como si no hubiera sucedido nada, abandonó la acera y caminaba por la calzada para no encontrarse ningún obstáculo.

Había llovido. El asfalto estaba húmedo y en lo poco que le alcanzaba la vista se veían pequeños charcos, que iluminados por la escasa luz de aquella mañana, se volvían espejos con ventanas moteadas de luces.

Caminaba y caminaba sin avanzar. El fondo siempre era el mismo. Aprendió a caminar sin avanzar el día que decidió ahorrarse el dinero del gimnasio y comenzó a imitar largos paseos en la cinta de correr.

Aprovechó la fingida caminata para sacar un pequeño bocadillo del bolsillo de la chaqueta y con más desgana que otra cosa empezó a mordisquearlo.

También era el momento ideal para recordar a su vieja madre ya fallecida. Ella un día le dijo: “cuando yo falte estarás perdido. No sabrás que te pasa, que te falta, será mi ausencia la que te perderá”.

Hasta ese momento no se había dado cuenta. Lo que más necesitaba era tener a su lado a su madre y poder contarle la violencia que emanaba de su cuerpo, la trágica muerte del hombre de la cabina, lo mal que se sentía por haber obedecido a su impulso asesino. También pudiera ser que si su madre aún viviera no hubiera salido esa mañana dispuesto a arrasar lo que se le pusiera en el camino, fuera lo que fuera.

--Ya estoy un poco mejor, aunque tengo algunos retortijones en las tripas sin consecuencias. Me llamo Carlos y acabo de matar a un hombre allí abajo, junto a la cabina de teléfonos.

Así se confesaba cuando llegó a la altura de un coche de la Policía Municipal encargada de vigilar aquella esquina del polígono donde las prostitutas y clientes merodeaban de un lado para otro.

No le hicieron ni una miaja de caso. Para ellos ese hombre llamado Carlos no era nada más que un loco, de los muchos que pululaban por allí.

Carlos dejó atrás el coche de policía e iba sonriendo por su atrevimiento, su ingenuidad y de la falta de curiosidad de aquellos señores agentes de la Ley.

Podría haberles metido una bala en la cabeza o en el corazón y seguro que le mirarían tan impasibles, como le habían mirado, ni sorpresa ni afectación, les hubiera sobrevenido la muerte sin ningún interés.

Carlos esperó en la calle desierta ante un tótem de la parada de autobús a que llegara uno que le podudiera acercar al centro.

No sabía por qué cogería aquel autobús, ni para qué, pero igual le daba llegar al centro o quedarse entre toda aquella basura.

DOMINGO

--Corre, ves a cerrar el agua. Desesperado gritaba no sabía a quién. Se encontraba en la parte alta de la casa y en una habitación donde se suponía que no pasaba ninguna tubería, comenzó a salir agua. Primero una mancha, que poco a poco empapó toda la pared, luego una burbujita en un punto que él se afanaba en contener con sus manos, para que no explotara mientras gritaba pidiendo que alguien cortara el suministro del agua. Después comenzó a borbotear aquella minúscula burbuja hasta el punto de no poder aguantarla más y arrastrarle el chorro hasta la escalera que comunicaba con la planta baja.

Se puso en pie para bajar deprisa, pero en el segundo escalón resbaló y voló literalmente por el hueco de la escalera hasta el descansillo de la entrada, cayendo de espaldas y golpeándose el morrillo contra el último escalón, afortunadamente sin consecuencias fatales.

--¿Qué hago aquí?

--La policía le trajo esta mañana. Estaba usted apaleado y muy mal trecho en un descampado. Créame que ha sobrevivido de casualidad o proverbialmente, se lo puedo asegurar.

Estaba en un hospital de paredes blancas tumbado sobre una cama de sábanas blancas con una rayita de color azul a lo ancho y largo.

--Eso es todo lo que puedo decirle. ¿Cómo se encuentra?

Me encontraba mal, muy mal. Me dolía desde las uñas de los pies hasta el último pelo de la cabeza, pasando por las rodillas, codos, huevos, todo. Debía estar maltrecho pues si intentaba mover un dedo me dolía, si quería girarme, aunque fuera poco hacia un lado, me era imposible. ¿Qué habría pasado? Ni puta idea. No recordaba nada, pero aquello dolía mucho y era bien molesto mirar aquella cara de asco de la enfermera y eso que tenían fama de ser muy amables, vocacionales decían ellas. Seguro que estaba cabreada, habría doblado turno o algo así, de lo contrario no se entendería esa cara de vinagre, como si yo la hubiera hecho algo, pobrecito de mí, que no podía mover ni los labios.

Al rato o eso me pareció, el tiempo aquí sí que era verdaderamente relativo, pasó a verme un médico. Por lo menos parecía médico. Un tío alto con bata blanco nuclear y manos bien cuidadas, con su manicura y todo. Me gustó. Me gusta la gente con las manos cuidadas, me apetece que me toquen, se las besaría, aunque no lo hago por timidez y porque no era el momento, ¡qué coño!. No me dijo nada, no me preguntó nada. Consultó una tablilla que tenía a los pies de la cama, escribió algo, la volvió a dejar donde estaba y salió por donde entró dedicándome una sonrisilla un tanto maliciosa. Y de nuevo caí en

un sopor que imaginé fruto de la medicación que me entraba por el brazo derecho a través de una aguja clavada en una vena de la muñeca.

Giré como pude la cabeza para ver mi brazo izquierdo, que parecía sujeto a la cama y para mi sorpresa estaba sujeto a la cama con un grillete. Eso debía ser cosa de la policía, porque ni por un momento se me pasó por la cabeza que fuera idea de la enfermera o del médico y entendí que la enfermera, estaba atendiendo, posiblemente salvando, la vida a un delincuente y eso no es plato de gusto.

--¿Cuál es su delito? Dígamelo. Se decía. Hasta donde alcanzaba su memoria no había hecho nada o muy poco. ¡Esperar un autobús no es tan grave; o no debería serlo. Quería saber y sabría. Despacio, tan lento como el goteo que tenía puesto en el antebrazo empezaron a llegar las imágenes. Primero un coche supe deportivo y brillante, descapotable que paró en la parada del bus donde él esperaba. Del coche se bajaron cuatro tipos enormes que sin mediar palabra, sin ninguna excusa, ni la más leve o soez, se liaron a golpes. Carlos tenía las manos en los bolsillos para guarecerse un poco del frío y por mantener escondida y preparada la pistola, pero ni tiempo le dio a sacar las manos de los bolsillos. Sin palabras, y en parte es lo que más le dolía, los tipos montaron en su lujoso vehículo y desaparecieron. Su último recuerdo era que otros tipos, estos de uniforme, le zarandeaban, seguro que para comprobar si estaba muerto.

--¡Maldita sea! . No dejaba de repetirse mentalmente. La pistola le había desaparecido y no era capaz de recordar si habían sido aquellos tipos malvados o los uniformados.

La prioridad ahora era abandonar aquella cama, pero para eso tenían que ocurrir un montón cosas, entre otras liberar aquella mano sujeta al cabecero por aquel grillete. Y no parecía tarea fácil.

No se le ocurría como podía hacer. Llamó a la enfermera. Recordaba que alguna vez fue persuasivo y que tenía cierto atractivo seductor y lo iba a intentar vía macho alfa, que alguna vez le había funcionado.

Pulsó el timbre que le habían dejado cerca de su mano derecha y no tardó mucho en acudir una enfermera que su uniforme no deja lugar a dudas, también era monja.- -No pasa nada, se dijo.

La monja enfermera no era demasiado agraciada de cara, pero debajo de ese uniforme recto y sin formas se adivinaba un cuerpo lleno de curvas aun en edad de recorrer.

--Sor necesito ir al baño, me explota la vejiga.

--Póngase la cuña, para eso la tiene.

--Soy incapaz, no sé si lo comprende, pero a estas horas...con esta tensión. Hágase cargo.

--pues hágaselo en la cama, no puedo hacer otra cosa.

--Si que puede, sea razonable.

La pobre monja le destapó con la intención de colocarle la cuña y quedó admirada al ver aquel aparato urinario tan tenso, tan grande, tan dispuesto.

--Haga algo hermana, me va a explotar.

Fue algo instintivo, la monja cogió entre sus manos el miembro que se le ofrecía y lo acarició y lo sacudió hasta que eyaculó con una violencia que ella hasta la fecha desconocía. Carlos, no dijo nada, la dejó hacer y estuvo todo lo pasivo que podía en aquellas circunstancias disfrutando del momento que le regalaba la vida. No opuso ninguna resistencia cuando la hermana, una vez que el miembro se había destensado y vuelto a la posición flácida, lo introdujo en la cuña de orinar y orinó. Retiró la cuña y vertió el líquido amarillo, algo sanguinolento y espumoso en un cuartito cercano que Carlos no alcanzaba a ver y suponía era el retrete. Luego volvió, dejó la cuña bajo la cama, besó la verga flácida y le arropó. A Carlos le invadió un sopor que le nublaba la vista, se quedó dormido.

Vio a sus padres. Siempre iban cogidos de la mano o más bien de los dedos. Ambos no tendrían más de sesenta años. Paseaban por la playa con los dedos entrelazados, siempre él más dentro del agua que ella. Se miraban y se miraban como si se acabaran de descubrir el uno al otro. Así era el amor o la necesidad del uno del otro. Un día que el viento soplaba fuerte y levantaba algunos granos de arena de la playa, sus padres se adentraron en el mar con los dedos entrelazados, como si estuvieran dando su paseo diario por la orilla del mar.

Se adentraron más y más sin soltarse, hasta que el agua les cubrió y desaparecieron de la vista de los incrédulos bañistas que atónitos nada pudieron hacer por sus vidas.

Nunca aparecieron, aunque hay quién dice que años después en una playa más al sur habían encontrado dos esqueletos muy deteriorados, pero que claramente tenían las manos entrelazadas.

Pudieran ser ellos.

Despertó y aun podía ver como se desvanecía la imagen de dos esqueletos entrelazados.

Era hora de intentar salir de allí. Agitó la mano esposada y notó que estaba ligeramente holgada, que podía sacar la mano con solo un pequeño esfuerzo.

No cabía ninguna duda, se había obrado el milagro por intersección de las manos de la monja, seguramente mientras dormía.

Era el momento de incorporarse, desenchufarse sueros y oxígenos, ponerse la vieja chaqueta encima de aquel feísimo pijama y buscar la salida para abandonar aquel lúgubre sitio.

Lanzó un beso desde su mano al lugar donde suponía estaba la monja y abandonó la planta.

No se equivocaba. En el cuartito hacia donde lanzó el beso se encontraban la monja y el policía de turno, ocupado en quitarse la guerrera y bajarse los pantalones.

MARTES

Otra vez la calle. Solo. Con los brazos doloridos y el bolsillo de la chaqueta vacío, sin pistola.

Mira a un lado y a otro, también al frente. No sabe por dónde tirar. Detrás ya sabe lo que hay. Si pasara alguien podría preguntar dónde ir, que hacer, a veces el azar sabe más que un consejo de sabio. De todos modos no era extraño que no pasara nadie, eran las cinco de la mañana y el relente del amanecer no estaba como para dar paseítos. Si no fuera por obligación o necesidad nadie se atrevería a pasar a esas horas por un sitio tan desangelado, húmedo, arbolado y lejos de todo lo que se pueda entender por hogar.

Se decidió a encaminarse por su derecha, simplemente porque le daba la sensación de que venía de la izquierda e ir para allá sería retroceder y no estaba dispuesto.

Debía de ser martes o tal vez... pero no, estaba seguro que era martes porque hay días que no cuentan y el pasado era uno de ellos.

Tenía hambre. Pocas veces tenía necesidades fisiológicas apremiantes, pero ahora tenía hambre. Tal vez llevara más de un día sin comer, supuso.

Caminaba por una gran avenida. Al fondo enormes edificios parpadeantes le mostraban la meta. A cada paso los edificios que dejaba atrás se desvanecían y no había vuelta de hoja, solo avanzar y avanzar.

Llevaba un buen rato andando cuando descubrió una cafetería que estaba abriendo o recién abierta, pues tenía contados clientes. Fue a entrar cuando un empleado le bloqueó el paso.

--Fuera.

--Pero...

--No se permite la entrada de mendigos.

Le habían confundido con un mendigo y no era para menos. Su aspecto dejaba mucho que desear y no podía ser otra cosa sino un mendigo. Obrero no era, operario tampoco, oficinista, ni de coña, así que no podía ser otra cosa sino mendigo, pero le daba igual. ¡Anda la ostia! Así que no hizo caso y avanzó hacia el interior del establecimiento. No había dado ni un paso y el empleado un poco cabreado le cogió del brazo y le recalcó que se fuera, por si no lo había entendido a la primera.

Carlos llevaba la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta. Era consciente de que ya no tenía la pistola, pero le dio igual. Estiró la mano

enseñando el forro de la chaqueta al pálido empleado que acojonado le dejó pasar, como si nunca se hubiera enfrentado a un tipo como aquel.

Pidió un café con leche bien caliente y un cruasán a la plancha con mantequilla y mermelada de fresa. Solo eso le apetecía comer.

Se tomó el desayuno con verdadero gusto, como si llevara, que en realidad llevaba, dos o tres días sin probar bocado.

Una vez terminado abandonó el establecimiento sin abonar nada, y nadie se molestó en pedirle un céntimo. Se había corrido la voz entre los pocos clientes que aquel tipo no era trigo limpio.

Allí estaba otra vez en la calle, solo con frío, encogido en la escasa chaqueta y con el mismo dilema: donde ir.

No necesitaba cerrar los ojos para visualizar el pasado, el futuro poco importaba y el presente era de traca.

Por el descampado hacia las casas sin luz, solo se le podía ver a él. Costaba saber el camino que tantas veces había recorrido a esas horas. Con poca luna le bastaba, aunque alguna vez se salió de la senda y a punto estuvo de caer al barranco.

No dejaba de imaginar. Soñaba con un caballo alado que le transportara en un santiamén desde el autobús a su casa y le ahorraría la angustia de ver en cada sombra imaginada un latente peligro.

Pero nunca apareció ese caballo con alas. Cuando llegaba a la puerta de la casa sacudía la cabeza, desaparecía el sueño y la realidad brutal se le ponía delante. Paredes desconchadas por la humedad, olor a moho, porquería y lo más terrible, la sensación de que no pertenecía a ese lugar, que estaba allí por casualidad y que no sabía la forma de abandonar aquello. Maromas invisibles le anclaban al sitio.

MIÉRCOLES

Era miércoles muy temprano. En el camino solo se encontró a un medio gitano palmero de un garito, que venía seguramente de trabajar. Iba al encuentro de su amigo Jerusalén, judío. Por hacer honor a la verdad él era un judío reciente. Sus padres eran judíos y él lo fue hasta la juventud, luego no y ahora estaba en proceso de ser judío de nuevo. Estaba muy implicado en el proceso de reconversión y todo lo veía con ojos nuevos a través del nuevo prisma que se estaba presentando.

La quedada tenía el objetivo de localizar a un individuo que había insultado, difamado y agredido verbalmente, que se supiera, a su hermana menor. Lo que se hiciera con este individuo, si le llegaban a encontrar, estaba por decidir pues la tarde antes en que hablaron del tema tan pronto le matarían y echarían su cuerpo a los cerdos como le llevarían de una oreja a la policía o le darían, delante de todo el mundo, un par de leches para humillarle. Fiaban todo a como sucedieran los hechos cuando lo encontraran. Seguramente no pasaría nada, nunca pasaba. Además estaban tan asustados buscándole como el perseguido escabulléndose. Nunca llegaba la sangre al río, eso sí, intenciones había, pero nada más que intenciones.

Le encontraron. Estaba oculto en una esquina observando sus pasos. Ellos le vieron de reojo e hicieron como que no, así todas las conciencias quedaban a salvo. La de él porque se había conseguido ocultar y la de ellos porque no habían conseguido encontrarle.

Y así hasta la próxima ofensa, y ya se consideraría que hacer.

Todos sabían que este juego acabaría el día en que los caminos se cruzaran y no tendrían más remedio que enzarzarse en la pelea, más que nada por no tener que reprocharse la inacción.

Sucedió. Miércoles por la tarde en plena plaza del barrio entre autobuses, vehículos mal aparcados y cruces de vías sin uso del tranvía.

Carlos y Jerusalén van hacia una calle, y por la que van a coger, Domingo viene caminando muy distraído. Se miraron. Con el gesto de levantar la cabeza parecía que se saludaban, pero no, solo quería decir. “¿Qué coño haces aquí en nuestro camino?” Y no hubo más preguntas ni gestos, solo una navaja que se hundía en el vientre de Domingo y que le hizo taparse la herida y caer al suelo en un charco de sangre. Ofensa lavada. Ya no se le perseguiría más, ni se preocuparían si seguía viviendo. Por los periódicos se enteraría del resultado de su fatídico encuentro.

Ese día y los siguientes, Carlos los pasó en su casa hecho un ovillo en un rincón sin hablar, sin comer, sin pensar. Del amigo que le acompañaba, Jerusalén, no volvió a saber nunca nada más.

Las tocas revoloteaban en su cabeza. No eran muchas. Cinco o seis, pero tan anchas y blancas que bien parecían diez o doce. Odio es lo que provocaban esas prendas, odio a su color blanco, a su almidón, a los rostros que las portaban. Tanto odio que un día le expulsaron del internado por querer pegar a una monja que le amenazó con darle una bofetada si no atendía a sus explicaciones y no paraba de ir de un lado para otro malmetiendo a sus compañeros.

Fue un impulso. Oír a aquella mujer menuda y pequeña que abultaba no más que él como le amenazaba, fue superior a sus fuerzas y la agarró del hábito y tiró del hasta casi dejarla desnuda.

El resto de alumnos quedaron paralizados, nunca vieron algo semejante. Las consecuencias fueron las que todos podían esperar: expulsión y repulsa.

Le hubiera gustado que el hábito tuviera dos piezas y que la de abajo se le hubiera desprendido y haber visto sus pantorrillas, sus nalgas, que se le antojaban blancas, blancas como unas manitas de cordero limpias. Le hubiera gustado, pero se quedó con las ganas. La monja se tapó cuanto pudo y corrió despavorida a refugiarse en el primer edificio que encontró, gritando histérica que lo echen, que echen a ese demonio disfrazado de niño.

Levantó un poco la cabeza y se fueron las tocas, la monja se hizo humo. Tenía los ojos rojos de llorar y de frotárselos con los puños para secárselos y poder ver algo.

Se levantó y se hizo un juramento, abandonaría la sordidez de su entorno ya mismo, no quería volver a saber nada de todo aquello que hasta ese momento le había rodeado.

Nada de amigos, nada de familia, nada de casas a punto de derrumbarse y nada de pisar barro y charcos para llegar hasta la casa.

Como lo consiguiera era lo de menos, ¿había que vender la piel al diablo?, pues se vendía. ¿Robar? Pues se robaba y si se conseguía inteligentemente sin consecuencias, mejor que mejor.

Y hasta la fecha había conseguido su objetivo. Más de una vez estuvo al borde del fracaso, pero la fortuna, la buena suerte o lo que fuera vino en su ayuda y le libró de terminar sus días con sus noches envuelto en una manta pudriéndose en las márgenes de un riachuelo o de un bosque sin importancia.

Había que caminar con la cabeza alta. Para nada se tenía que notar que el viento frío le hacía contraer todos los músculos.

Aun era joven, no pasaba de los treinta. Los ojos hundidos, casi morados en sus cuencas, los pómulos prominentes y los carrillos casi

inexistentes, en el cogote, y todo él demacrado le daban un aspecto, cuanto menos de loco o de drogadicto.

Inspiraba terror a unos, repulsa a otros. Eso unido a que se lavaba poco y se cambiaba de ropa de tarde en tarde hacía que la gente se apartara de su lado, que no tuviera problemas para pasar al fondo de un autobús por muy lleno que estuviera. Así se sentía a gusto, poderoso.

No siempre fue así. Como una década antes era un muchacho normal que vivía feliz dentro de la mediocridad que le rodeaba. Vivía la ilusión de gozar del amor de María de los Ángeles y todo lo que hacía estaba encaminado a que ella se diera cuenta y le aceptara.

Unos cuantos ramos de flores, largos paseos comiéndole la oreja, unos cines y la insistencia dio sus frutos.

María de los Ángeles se echó en sus brazos y descubrieron todo lo que hay que descubrir del otro y se gozaron.

Eran dos sin sentido. Ella una hembra en celo y él un macho encelado. Se lamían, mordían, besaban milímetro a milímetro el cuerpo y abandonaron todo razonamiento. Se olvidaron de sus obligaciones y solo paraban de fornicar cuando la debilidad llegaba a sus cuerpos y les costaba continuar en pie. Reponían fuerzas con un único objetivo, volver a empezar.

Poco a poco aquel fuego inicial se fue apagando y cada vez el amor era más esporádico y más vacío. Un día María de los Ángeles se fue. No le dio ninguna explicación, pero ya no estaba en su vida y Carlos no lo podía soportar. Para él no había pasado el tiempo y la deseaba tanto o más que el primer día. Eso era lo peor, no tener un motivo al que agarrarse, poder decir es que he sido un capullo por esto o por lo otro, eso es lo que más le machacaba.

La seguía desde lejos, por las calles vacías, cuando ella volvía a su casa, la llamaba por teléfono y colgaba cuando escuchaba su voz. Tal vez ella no se daba cuenta o hacía que no se daba, pero estaba sometida a un espionaje férreo. Todo lo que hacía fuera de las paredes de su casa o del trabajo era registrado minuciosamente en la cabeza de Carlos, no sabía para qué aparte de torturarse inútilmente.

Así se enteró de que María de los Ángeles tenía novio. Un individuo alto y más que grueso la acompañaba, le daba su brazo y de vez en cuando se daban un pico intrascendente o un beso de los llamados con lengua en toda regla.

Un día entró en casa de ella a hurtadillas y se escondió en el hueco de un armario donde sabía que no podía verle porque allí nunca miraba. Observó como al llegar a casa acompañada se encaminó a la ducha, lo que siempre

hacía antes de tener relaciones sexuales con él. Desde su escondite oía sus jadeos y sus palabras tiernas mezcladas con soeces. Aguantó hasta que María de los Ángeles y su acompañante terminaron y se quedaron medio dormidos en la cama para salir igual que entró.

Llegó a la casa de María de los Ángeles dispuesto a soportar cualquier cosa que pudiera ocurrir, pero no se esperaba tanto. Salió trastocado, tambaleando deambuló por los barrios que les habían visto juntos e iba ideando que hacer con esa mujer que le había tratado tan ingratamente, que le había dado ese pago cuando tan solo unos días antes decía que era de él y de nadie más.

Cerraba los ojos y les veía colgados de un puente a diferentes alturas, muy sugerentes, él gordo y pesado a poca distancia del pretil y ella menuda por debajo de sus pies. No le gustaba la imagen. Les veía rodando por el suelo ensangrentados, la piel hecha girones después de que ambos discutieran y se hicieran daño mutuamente. No le gustaba la imagen. Les veía con las pistolas humeantes. Uno había matado al otro y en sus frentes se veía un agujero de bala. Le gustaba más la imagen, pero era imposible ¿Cómo iba un muerto a acertar con una bala en la frente de alguien? María de los Ángeles había empujado a la piscina a su acompañante, por no haberla satisfecho como esperaba, y mientras el hombre flotaba muerto, boca abajo, ella le contemplaba y se acariciaba sus partes íntimas. Esto le gustaba más, María de los Ángeles seguía en pie y por lo tanto se mantenía viva la expectativa de que en algún momento volviera con él.

Por la sangre, la violencia o la muerte, o por todo, se encontraba muy excitado. Tanto que se metió en un bar, pidió un café solo y mientras se lo ponían fue al retrete para masturbarse. Era la primera vez que lo hacía, pero no sería la última. Desde aquel día la excitación le venía en cualquier sitio y no era capaz de aguantarse. Los retretes eran el mejor sitio, pero también lo podía hacer en el fondo de un autobús, en un cine, mientras se duchaba. Cualquier sitio era bueno.

Fue por esa época el comienzo de la enfermedad. María de los Ángeles era el objeto de su deseo, pero también cualquier mujer que descuidadamente le hubiera enseñado algo más de medio muslo para arriba, cualquiera que hubiera movido las caderas exageradamente o quien llevara la blusa pegada a sus pechos dejando entrever los pezones.

Era un martirio. Se prometía que aquella era la última vez y se lo prometía convencido, pero al rato algo hacía accionar el resorte que en su cabeza le incitaba y rompía la promesa y volvía a lo mismo: esta es la última vez.

Era imposible encontrar consuelo. Recorría las calles, los sitios que habían frecuentado, pasaba horas y horas vigilando las paradas de autobuses donde suponía que en algún momento podría verla. Todo inútil, era como si ella se hubiera desvanecido aunque en el ambiente flotaba su esencia, su energía, su olor que podía percibir desde bien lejos y rastrearlo como un experimentado sabueso. Pero de golpe aquel rastro se desvanecía y no era capaz de encontrarlo de nuevo. Y andaba como loco de aquí para allá persiguiendo fragancias sin sentido, fragancias que nada tenían que ver con María de los Ángeles, ni ninguna otra. Entonces cuando se daba por vencido surgía el abatimiento, las ganas de desaparecer del mundo físicamente, pero la cobardía siempre se disfraza de esperanza y confiaba en que en cualquier momento la iba a encontrar, que ella reconocería que él era su mejor opción y de nuevo volverían a revivir aquellos momentos que cualquiera hubiera dicho que no terminarían nunca.

Por ella adelgazó sesenta kilos. Era gordo, bastante gordo. María de los Ángeles le susurró un día que si perdiera algo de peso a lo mejor hasta podríamos llegar a tener algo tu y yo.

Y no se lo pensó. Abandonó su ansia de comer a todas horas y en tiempo record dejó de ser un gordo a tener un peso estándar para su edad, tamaño y sexo.

Comenzó a caminar recto, a no fatigarse cuando cruzaba una calle e incluso le divertía que los semáforos cambiaran a rojo cuando él cruzaba y se encontraba en mitad de la calle para echar una carrerita y comprobar que era capaz de trotar sin cansarse.

Cuando pesaba más que muchos mortales, su vida, sobre todo la sexual, era un infierno. No había manera de tener una relación, ni siquiera esporádica sino era pagando.

El acicate de María de los Ángeles fue muy fuerte y se quitó los kilos. Hoy, después de haber ahogado a un maniquí, matado a un hombre, haber sido brutalmente agredido y haber pasado por un hospital, trataba de buscar sentido a su existencia ante la ausencia absoluta del ser por el que adelgazó y estaba decidió a acabar con todo aquello. No quería irse de este mundo de un modo anodino, quería algo grande, sonado, que fuera recordado mucho después. Preparar un gran espectáculo que terminara con banda de música y redoble de tambores.

JUEVES

Subió en el ascensor con el perro pequeño y el perro grande. El perro pequeño de unos cuarenta centímetros de alto, y el perro grande de uno setenta de alto. El perro pequeño parecía un perro, pequeño pero perro, el perro grande parecía cualquier cosa menos un perro. Las patas exageradamente largas sujetaban a un animal que pasaba de los ochenta quilos. La cabeza era de perro, pero tan voluminosa que bien podría pasar por león o tigre según el ideario bestiarario de quién viera a semejante monstruo.

Subieron hasta la tercera planta, que daba acceso a la tercera ciudad. Un hombre quiso coger aquel ascensor, pero al ver al extraño trío ni lo intentó. Una joven subió con ellos pero cuando se percató que el perro grande hacía posar su cabeza sobre la suya, se bajó sin pensarlo dos veces, en la segunda ciudad, aunque en realidad iba a la cuarta.

El mundo estaba vertical, dividido en ciudades a las que se ascendía por un enorme ascensor con capacidad para quinientos o más individuos, fueran de la especie que fueran.

Carlos y sus amigos se dirigían a la tercera ciudad en busca de un gran parque de hierba verde y carente de vida animal. Allí no había llegado la civilización y todo eran suaves colinas, enormes praderas y alegres riachuelos. La única construcción estaba en un inclinado tobogán que unía la tercera ciudad con la segunda. Eran los únicos mundos que contaban con dos accesos: ascensor y tobogán. Aunque hay que reconocer que el tobogán no era una buena ida para subir dada su inclinación.

El perro grande solo necesitó levantar un poco la cabeza y con la lengua fuera dio un cariñoso lametazo a su amo, Carlos.

Lo cierto es que al llegar a la tercera planta, su destino, ya habían olvidado para que venían, dos días de ascensión dan para muchos olvidos.

No obstante allí estaban, abandonaron la plataforma de ascenso y contemplaron hasta donde les alcanzaba la vista y sintieron bajo sus pies la hierba húmeda.

Todo verde, ni una hierba pajiza desde donde estaban hasta donde les alcanzaba la vista. Ni una hierba levantaba un milímetro más que la otra. El verde se fundía con el azul del firmamento en una raya caprichosamente amarilla en el horizonte.

Carlos soltó a los perros para que corrieran un poco. El perro chico se quedó merodeando en su entorno sin alejarse demasiado. El perro grande salió disparado disfrutando de la extensa pradera. Al poco volvió sin dejar de correr. En la boca traía un brazo humano, que vaya usted a saber de dónde y de

quién. Lo soltó a los pies de su amo y se tumbó al lado del brazo, protegiéndolo.

El brazo estaba exangüe, casi momificado y claramente había sido arrancado de un cuerpo sin ningún miramiento. Los desgarros en sus músculos no dejaban lugar a ninguna duda.

Le preguntó al perro de donde lo había sacado, de donde lo había cogido dentro de aquella planicie verde. El perro le miraba como si entendiera, pero nada contestaba, ni un solo gesto que le fuera a indicar de donde había salido la extremidad.

Carlos agarró el brazo momificado por la muñeca y lo lanzó cuanto lejos pudo. Los perros hicieron ademán de ir a por él pero la imperiosa voz de su amo les dejó petrificados viendo las evoluciones del brazo en el aire hasta caer en la verde hierba y ocultarse en ella.

Seguidamente Carlos y sus perros desanduvieron el camino desde la plataforma y abandonaron aquel mundo verde hasta su mundo en la planta baja, de donde procedían.

Solo fueron unas décimas de segundo y Carlos se encontraba sudoroso en su cama sin perros. Sorprendentemente a su lado había un brazo exangüe y reseco.

Ni lo tocó por miedo a que se le revolviera.

Se quitó el sudor con el dorso de la mano, se vistió lo mejor que pudo con las pocas ropas de las que disponía y salió al viento frío de la calle huyendo de aquel brazo de ignorada procedencia.

Antes de salir amarró el brazo al cabecero de la cama con una brida negra que encontró en un cajón de su mesilla de noche.

La cabeza le daba vueltas y tuvo que cerrar los ojos para no ir al suelo. Un paisaje sin edificaciones, sin gasolineras, sin aparcamientos... y todo verde aparecía ante él cuando cerraba los ojos, pero el mareo y las náuseas se desvanecían dejándole una agradable sensación de bienestar.

Palpó el bolsillo derecho de su chaqueta y bajo su mano pudo adivinar que estaba la pistola que un tiempo estuvo desaparecida. Tocó el bolsillo izquierdo de la chaqueta y allí estaba, como suponía, la navaja cuya hoja permanecía oculta en la cacha.

Solo tenía una certeza para ese día. Era jueves y como todos los jueves debía dirigirse al cementerio para visitar las tumbas de sus progenitores.

Se había hecho cargo de los huesos hallados en la playa y poco importaba si eran o no sus padres, ellos habían muerto y todos los jueves iba a visitarlos.

Nunca les llevó flores, desoyendo las normas de uso del país que habitaba, ni comida como hacen en otras latitudes. Simplemente procuraba llevar bien llena la vejiga para vaciarla encima de la lápida del padre y en una esquina de la lapida en la de la madre.

El cementerio estaba en un bonito y silencioso lugar con amplios paseos, con árboles a los lados, y tumbas aquí y allá sin una distribución homogénea.

Las tumbas de sus padres estaban contiguas y rodeadas por una cancela de barrotes de hierro labrados, de no más de un metro de altura, sin ninguna entrada, por lo que las malas hierbas y las buenas tenían tapadas las losas y no dejaban ver la inscripción que en ellas había.

Allí se encaminaba bien armado, por lo que pudiera ocurrir.

Y no ocurrió nada destacable. La gente con la que se cruza le mira detenidamente y algunas con descaro. ¡Vaya sujeto! ¿Cómo se atreve a ir así por la calle? Eran los comentarios que más se oían y es que bajo la chaqueta no llevaba ni una triste camiseta, además los botones de la bragueta del pantalón estaban mal abrochados y le sobraban botones y ojales. No obstante lo más destacable de él era su porte altivo, decidido en su caminar y feroz en su mirada a aquellos que se le quedaban mirando, que no fueron muchos ya que el día acababa de comenzar y todavía la ciudad se estaba desperezando lentamente.

Cruzó la puerta principal del cementerio que permanecía abierta de día y de noche. Sólo se juntaban sus dos hojas pintadas de negro cuando oscurecía, sin echar ninguna llave, solo un pequeño cerrojo accesible desde fuera y desde dentro.

Nada más poner un pie en aquel recinto le dio una bofetada de viento helado que le hizo encoger todo el cuerpo para soportarlo.

Fuera por la abundante vegetación, por el entorno cerrado con unas altas tapias blancas o la neblina que se forma en la madrugada, allí el frío se dejaba notar.

Saltó la cancela y se sentó en la húmeda hierba, en la parte donde se suponía reposaban los huesos del que fuera su padre.

Trabó los dedos de una mano con la otra y se limitó a contemplar a un pájaro negro moteado de plumas blancas y pico amarillo.

El pájaro actuaba como si no notara la presencia de Carlos. Correteaba de una lápida a otra picoteando, pero cada vez que levantaba la cabeza dedicaba una rápida mirada a aquel hombre sin carnes, por ver si cambiaba de posición o su quietud era una estratagema para hacerse con sus plumas.

Viendo que no ocurría nada, cuando le pareció, abandonó aquellas tumbas con visita y revoloteó por otras no demasiado lejanas.

El cementerio, salvo por alguna tumba un poco dejada, como era el caso de la de los padres de Carlos, no estaba mal. Por no estar mal entiéndase que era un sitio agradable, que invitaba a la meditación.

Allí descansaban y se pudrían personajes famosos y muchos seres anónimos, sin nombres: “papá”, “el mejor abuelo”, “mi único amor”, “mi vida”. Estos eran los que no tenían nombre, luego estaban las lápidas en las que los nombres eran tan corrientes, que nada o poco decían: Roberto, Alfredo, Rosa, Luis y un montón de josés y muchas marías.

Largas avenidas flanqueadas por hermosos y frondosos árboles custodiaban la mayoría de los cuerpos desde hacía cientos de años.

Carlos, después de charlar un rato con sus viejos y vaciar la vejiga, tenía por costumbre darse un largo y lento paseo por aquellos caminos cubiertos de hojas húmedas pegadas al suelo, tiempo que ocupaba en recordar y planificar un inexistente futuro.

Él era el mediano de sus hermanos. Había uno más grande que él y también uno más chico.

Habitualmente el pequeño se peleaba con el mediano y el grande estaba de vuelta de pendencias entre hermanos y desaparecía para no participar en la contienda.

Perdía el pequeño, como era de esperar. Lloraba. Su madre le llamaba, le decía que fuera con ella y esta le revolvió el pelo para calmarle antes de cogerle en brazos para mayor consuelo. Y se consolaba, y mientras su madre le tenía en brazos el pequeño miraba al mediano con cara de victoria, alegría digna de ver su recompensa y lágrimas secas en la cara. En tan solo unas décimas de segundo pasaba a ser el hermano pequeño más odiado del mundo.

Le hubiera matado, machacado, apuñalado... pero se limitaba a esperar que estuviera lejos de la protección materna, le miraba con cara asesina y le escupía.

El recuerdo le hizo levantarse exasperado, apretó los puños encrespado y abandonó por primera vez el recinto de las tumbas sin mear.

Comenzó andando rápido, encolerizado, pero poco a poco, según caminaba fue calmándose y su cuerpo que alcanzó una temperatura exageradamente ardiente fue tornándose cada vez más próxima a la ambiental que era bastante más fría, gélida.

Ahora tenía un objetivo: buscar al hermano menor, acabar con la pesadilla.

Hacía tanto tiempo que le costaba recordar su nombre, seguramente lo ignoraba, lo tenía tan arrinconado que no sabía ni como le llamaban y hasta la imagen de su cara le costaba recordar, pero algo era claro, si se encontraban le reconocería ipso facto, con seguridad, tal era el rencor acumulado que no admitiría dudas.

Buscó la salida del cementerio. Se había extraviado andando de un lado para otro y le costaba orientarse. No reconocía ningún punto como referencia para poder decir, pues para allá o al contrario, por lo que le llevó un buen rato salir de allí y estaba sintiendo algo parecido al hambre, él que pocas veces tenía necesidades ahora se encontraba en un momento crucial de su vida, sabía lo que tenía que hacer y además con hambre.

Lo crucial e inmediato era resolver el problema de la dichosa hambre que no le dejaba pensar con claridad.

También era consciente que con aquella vestimenta no sería respetado y que muy pocos le ayudarían, más bien le tratarían de aniquilar, por lo que se le planteaba un problema más: encontrar ropa adecuada, más acorde al ambiente para llevar a cabo su nueva meta.

Unos grandes almacenes fueron la solución. Escogió cuanto le pareció adecuado y después de comprobar que ninguna prenda llevaba incorporado un sistema de alarma, tan de moda, entró en un probador y se vistió de arriba abajo, zapatos, calcetines, calzoncillo, pantalones, camisa, jersey, anorak y un fular. más de adorno que para el frío. Todas las prendas en colores discretos, lo que menos le interesaba era llamar la atención.

Cuando salía por la puerta alguien gritó ¡eh usted! Sin duda un vigilante de seguridad o algún dependiente del establecimiento. Se le heló la sangre y estaba dispuesto a vender cara su piel y a no desprenderse de nada de lo usurpado, pero no era para él la llamada de atención, se dirigía a un hombre calvo que se llevaba una gorra, seguramente para guarecerse del viento que comenzaba a ser molesto.

A pesar de no haberse podido asear, cara sucia y barba de unos días, manos sucias y uñas negras, la nueva indumentaria le hacía sentirse poderoso y se irguió. Caminaba con la mirada alta, incluso algo despreciativa. Buscó los

baños públicos donde por poco dinero podías salir duchado y una vez en ellos terminó su preparación para ir al encuentro del hermano pequeño.

Todavía no tenía claro que le haría si le encontraba. Había que acabar con aquel ladrón de abrazos, ahí estaba la clave de su existencia.

El recuerdo era de unos años antes. Ellos discutían. El sin nombre, que decían era hermano suyo, se peleaba con él y le amenazaba con un cuchillo de nada, de mesa. Acto suficiente para que Carlos le propinara un punterazo en la mano en la que sostenía el cuchillo y sin mediar palabra le atizara un puñetazo con todas sus fuerzas que le lanzó contra la pared de la habitación donde se encontraban. --Que sea la última vez. De la próxima no respondo. Le dijo y le dejó allí dolorido y lamentándose como solo se lamentan los que han sido castigados con justicia: lanzándole todo tipo de insultos y amenazas.

Cualquiera que le hubiera visto con su aspecto de tan solo dos horas antes diría que no era el mismo, de cambiado que estaba, casi parecía una persona, se podía mezclar entre el resto de los mortales sin llamar la atención, sin que nadie fuera capaz de señalarle con el dedo por ningún detalle.

No sabía por dónde empezar. Durante años cuando se dormía viajaba lejos, a tierras desconocidas. Lo hacía su espectro en zancadas kilométricas. En un campo desconocido enterraba al sin nombre y luego se pasaba media noche temeroso de que descubrieran donde le había enterrado, esperando que no pensarán que él le había matado. Y a la noche siguiente vuelta a empezar. Hasta un día, recién despierto, dudaba si era sueño o recuerdo.

Tenía que descubrir la verdad y sabría la respuesta encontrándole, como si de una película de western se tratara, vivo o muerto.

El nuevo aspecto le llevaba por callejas y callejuelas, por avenidas y por canales viendo gentes y más gentes, descartando rostros que no le decían nada y rostros que parecían algo, pero que se desvanecían cuando los comparaba con los recuerdos.

Así se encontró con su amigo Willy. Se sorprendió sobremanera al encontrarlo.

Fue en una piscina pública. Le entró una necesidad imperiosa de buscar un retrete.

Le indicaron, es por allí. Entró en la primera puerta que encontró donde le dijeron y resultó que se llevó una abrumadora bronca, se había metido en unos vestuarios de mujeres.

Salió y entró en la puerta de al lado, que si correspondía a su aspecto masculino y nadie se fijó en su persona.

El retrete era de los llamados de taza turca, parecido a una ducha con dos plataformas para apoyar los pies y un gran agujero entre ellas, para que viajaran las heces.

Allí Willy fue a entrar cuando Carlos estaba concentrado esforzándose por vaciar su vientre.

--Cuanto me alegro de verte. Me habían dicho que habías muerto, pero veo que no.

Willy no contestó. Le dio la mano para ayudarlo a levantarse del retrete y se desvaneció.

Solo quedó la sensación en el ambiente de su presencia. Carlos, aturdido, tardó un buen rato en colocarse las ropas para abandonar el lugar.

Hacía calor. En la piscina los bañistas tomaban el sol, se solazaban en el césped recién regado o chapoteaban en el agua. El único que desentonaba era un hombre vestido de calle de tez pálida y mirada criminal.

Carlos paseaba provocativamente entre los bañistas, evitando pisarles, y los bañistas le miraban con miedo primero y después desviando la mirada para no irritar a aquel personaje del que nadie sabía que se podía esperar.

Satisfecho de su pequeña hazaña entró en el bar de la instalación y se pidió una ensaladilla rusa y una caña. Quería celebrar que todavía no había matado a nadie y que nadie le había matado.

Debía reanudar la búsqueda pero le costaba recordar que buscar, además hacía mucho calor para patear las calles así que optó por refugiarse en alguna vivienda fresquita.

No era demasiado complicado encontrar el lugar apropiado. Una calle corta no demasiado ancha con árboles en ambas aceras parecía ser el lugar ideal.

Entró en un portal sin cerradura, ascendió al primer piso y poco le importó que la puerta estuviera cerrada. Dos patadas con violencia lograron que la puerta cediera y le franqueara el paso. Entró. Cerró la puerta y ató por dentro una cuerda al marco. Buscó una cama y se tumbó para relajar músculos y neuronas. Estaba agotado, sudado y harto de patear las calles.

--¿Qué día sería?. Daba lo mismo, el techo no contestaba. Le miraba y no decía nada, pero estaba más cerca de él. Quitó la vista, no podía ser.

Volvió a mirar y el techo seguía bajando. Muy despacio, casi imperceptible, pero cada vez estaba más cerca de él. Pensó bajarse de la cama antes de quedar atrapado entre cama y techo, pero no le era posible, no

podía moverse. El techo estaba ya a menos de un palmo y Carlos, lejos de estar angustiado se mostraba expectante, había que dejarlo pasar y que pasara lo que quisiera, ya le daba lo mismo.

No pasó nada. El techo siguió bajando y él se encontró en la habitación de arriba, una habitación que no era la suya, donde una pareja desnuda jugaban al backgammon. Se estaban jugando quién llevaba la voz cantante en su próximo encuentro de sexo. La chica tiraba los dados y a todas luces era ella la que iba por delante en la partida, solo un golpe de suerte de él podría hacer cambiar las tornas.

--¿Dónde estoy? Quiso saber Carlos. La pareja parecía no oírle o de verdad no le oían, seguían tirando los dados, movían las fichas y reían. La presencia de Carlos les importaba un pimiento, solo era una presencia y para nada molestaba. Antes de ver como acababa la partida y sus consecuencias se incorporó, dio unos pasos en dirección a la ventana y por ella se lanzó a la calle.

Si no fuera por los árboles y la sombra que proyectaban sobre las aceras podría decirse que estaba en el infierno, aunque no se vieran llamas por ningún lado. Se dio cuenta de que estaba en ropa de cama y que así no podría ir a ningún lado, así que tomó la determinación de subir a la casa pateada para vestirse adecuadamente.

Se la encontró cerrada. Recordó vagamente que la ató con una cuerda, así que de nuevo utilizó su potente pierna derecha para entrar.

Una vez dentro se percató que aquella casa había sido “mi casa” en algún momento y que le habría bastado con utilizar una de las llaves que debía tener en algún bolsillo de su chaqueta, aunque ya carecía de sentido preocuparse por aquel aspecto.

Fue muy rápido cambiar de aspecto. Sólo tenía que cambiar una prenda por otra, chaqueta de pijama por chaqueta de calle, pantalón de pijama por pantalón de calle, zapatillas de casa por zapatillas de calle. La calle le esperaba y era toda suya.

En el dintel de la puerta se quedó con los recuerdos. Clavado en el tiempo, pensando, sopesando.

Era Navidad. Una triste Navidad más sin amigos, observando la alegría de la gente que se le antojaba ficticia. Cuando te invade la tristeza toda alegría no deja de ser más que una mascarada.

Se fue al mercadillo navideño, por hacer algo. Comprar alguna figura, algún espumillón o alguna bola. En aquel momento no tendría más de quince años.

Había bastante público en el mercadillo, pero muy poco comprando. La gente andaba, cantaba, gastaba bromas e iba de un lado para otro.

Se paró en un puesto para ver cómo funcionaban unas novedosas figuras: un panadero que en su mesa de trabajo amasaba pan y más pan. Alguien se le puso detrás. Notó que era un hombre que se apretaba contra su trasero. Se quedó tenso, rígidas todas las partes de su cuerpo.

El hombre solo dijo: -- ¿te compro algo?. No le dio tiempo a más. Carlos, sin aflojar la rigidez se escabulló del puesto, se mezcló entre la gente y desapareció de aquel lugar.

No llegaba a comprender la pretensión de aquel individuo, pero algo le decía que aquello podría perjudicarlo, que escapaba a su entendimiento.

Solo hasta pasados unos años se atrevió a volver al mercadillo navideño solo, y cuando lo hizo fue preparado para lo que fuera. En su bolsillo derecho llevaba desplegada una navaja de doce centímetros de largo por tres de ancho.

Habían pasado ya unos cuantos años desde que aquel individuo le provocara y seguía, como cada año, con su inseparable navaja en el bolsillo.

Tal vez no fue la misma persona, pero la situación se repetía. Miraba unas cajitas de bromas, cosa de nada, petardos para cigarros, bombas fétidas y cosas así cuando notó que alguien se apretaba contra su espalda y culo y no se lo pensó ni un segundo, dio la vuelta hacia la izquierda, quedándose enfrentado al tipo que le estaba provocando y con rapidez y habilidad sacó la navaja y se la clavó todo lo que pudo en los huevos llevándose por delante la polla.

--Vuelve a por otra, cabrón.

Sin más se largó dejando al tipo sangrando en el suelo, encogido y con las manos intentando taponar el boquete que el acero le había ocasionado.

--Hasta el año que viene.

Pensaba que si la primera vez en aquel mercadillo, en vez de huir se hubiera girado y enfrentado a aquel ser repugnante las cosas podrían haber sido diferentes y tal vez no se encontraría en aquella situación tan extraña en la que había mutilado a un tipo sin piedad.

Ya no había remedio, así que bajó las escaleras y de nuevo en la calle no sabía qué hacer, si reanudar la búsqueda del hermano o pasarse por una taberna para comer algo o emborracharse.

No tenía prisa. La gente sí, e iba rápida a sus asuntos. Había quienes abrazados sonreían, quienes llevaban en la cara un negocio que estaban a

punto de comenzar o terminar, quienes debían haber perdido a alguien pues sus rostros compungidos estaban en un tris de echarse a llorar, ya que tenían los ojos hinchados de lágrimas a punto de desbordarse... no sabía con qué cara o caras quedarse.

De pronto surgió su rostro de entre la gente. Lo extraño es que era el mismo, tal como lo recordaba cuando estaba con ella, de eso hacía ya una eternidad.

Morena, fracciones algo duras acompañando a unos labios bien dibujados y sensuales. No cabía ninguna duda, era ella y se dijo --Si no ha envejecido es que no ha pasado el tiempo y tal vez, solo tal vez, me recuerde y quiera volver conmigo. No puedo dejar pasar esta oportunidad que me da la vida.

Apartó a empujones a la gente, se puso a su lado y caminaba a la par de ella. No la miraba tratando de que fuera ella quien se percatara de su presencia y le dirigiera la palabra.

Después de un buen rato a su lado María de los Ángeles seguía a lo suyo sin girar ni un milímetro la cara hacia donde él estaba.

Inaudito, al final tendría que ser él quien se hiciera notar y reclamar su atención.

--Un poco más. Si al llegar a la próxima bocacalle no se da cuenta le hablo.

--Bien en la próxima, ha sido poco tiempo

Y así, solo con sus pensamientos, sin atreverse a hablarla estaban saliendo de la ciudad y al frente tenían un amplio descampado sin vegetación, sin edificios, sin nada, un campo en medio de una gran urbe.

--María de los Ángeles ¿ te acuerdas de mí?

No contestó, ni tan siquiera giró la cabeza para mirarle, ni se puso altiva y digna para obviarle.

Entonces se le ocurrió tocarle en el hombro para que volviera la cabeza, pero su mano no encontró el hombro.

Le echó el brazo a la cintura y el brazo la atravesó limpiamente, sin que María de los Ángeles se molestara.

--Mucho mejor.

Se adelantó un poco, se puso frente a ella, la tomó por la nuca y la besó prolongadamente.

Para los viandantes que iban de un lado a otro solo se trataba de un tipo que acercaba la mano a su boca y con pasión su lengua exploraba el espacio entre la boca y la mano.

Para Carlos fue un momento del que no habría querido salir en milenios. Pero si todo tiene un fin no iba a dejar de tenerlo aquel beso.

Cogió a María de los Ángeles por la cintura, con cuidado de que su brazo no atravesara aquel frágil cuerpo y ambos se alejaron calle arriba.

La miraba extasiado mientras caminaban, María de los Ángeles inexpresiva miraba al frente, lejos, mucho más lejos de lo que Carlos era capaz de imaginar.

María de los Ángeles había dado su último aliento en esta vida haría cosa de ocho años. Después de una vida truculenta, llena de altibajos, un terrible e inesperado accidente acabó con su existencia.

Le habían diagnosticado un tumor maligno que poco a poco se iba apoderando de su cuerpo, pero los cuidados médicos estaban ayudando a que tirara para adelante. De hecho le habían dicho que no viviría más allá de cuatro o cinco años, pero ya llevaba sobrevividos ocho años y nadie se atrevía a decir cuántos duraría más por no equivocarse y meter de nuevo la pata.

El tiempo era magnífico y se decidió a pasar unos días en la playa entre prueba y prueba médica.

Estaba contemplando un acantilado, lo más próximo a la orilla, con riesgo de su vida, pero ya lo había hecho otras veces y no había tenido consecuencias, pero en esta ocasión un perro asustado, que corría desenfrenado, le rozó ligeramente y al volverse María de los Ángeles para ver que sucedía dejó un pie a merced del vacío y no pudo reaccionar, se precipitó. Nadie lo oyó, pero sonó como si una piedra gorda se hubiera desprendido y chocado en el suelo deforme compuesto de rocas, arena, agua y espuma.

María de los Ángeles había dejado de existir y empezó a vagar en busca de los seres que un día significaron algo para ella, a los que hizo desgraciados.

Carlos buscó una terraza soleada donde poder tomar un refresco con María de los Ángeles. Para ella pidió un limón y él, contento como estaba, pidió un vino blanco bien frío y unas aceitunas negras, las verdes le producían gases.

Se terminó el vino después de horas de charla con María de los Ángeles, pero el limón seguía intacto, ni se dio cuenta. Se levantaron de la mesa, él muy caballeroso le apartó la silla para que saliera sin dificultad y abandonaron aquel lugar.

Cuando se habían alejado unos metros del lugar en el que tomaban el refresco, Carlos se percató de que María de los Ángeles ya no estaba con él, que su mano sujetaba el aire y de que sus palabras se las llevaba el viento sin que llegaran a ninguna parte.

Cayó al suelo de rodillas, hundido. Un gemido lastimero se le escapó del cuerpo que no dejaba de convulsionar quedamente, en silencio. Parecía que rezara, que fuera a tomar la salida en una competición de atletismo.

Se incorporó despacio, con dolor, sufrimiento, amargura... sin resentimiento, aquello había pasado pero también podría no haber pasado.

Su cara había envejecido, podría pasar por Gerónimo el Apache de surcos y arrugas, sin embargo se sentía bien, vacío pero tranquilo.

No pasaba nada. Había acabado el verano, el calor y se sentía conforme con el exterior, así que se alzó el exiguo cuello de la chaqueta, se abrochó el botón próximo a la cara y una vez más se puso en marcha, ahora decidido a llegar a la catarata en la búsqueda del desnudo maniquí que perdió y dejó olvidado en la turbulencia del agua.

Por primera vez tenía un objetivo y nadie debía salir herido.

Pero no todo sale como uno quiere y su relajo a punto estuvo de costarle la vida.

Había olvidado o perdido, cualquiera sabe, la pistola y no estaba dispuesto, entre otras cosas dada la edad, a manejar la navaja, machete o sable, así que se enfrentaba a la aventura de vivir con las manos desnudas, como un mortal más.

Casi descalzo, tan enjuto y con aquella ridícula chaqueta era poco menos que un paria sin destino, por mucho que se empeñara.

Si quería estar entre los vivos y llegar al río tenía ciertas necesidades que cubrir ya que nadie regala nada y él tenía bien poco que ofrecer y poder intercambiar, así que se decidió por buscar un trabajo que le permitiera ganar algún dinero y tomar algún transporte que no fueran solo sus piernas, para llegar al río.

Preguntó en la obra de un edificio de muchísimas plantas y en el que suponía que algún trabajo sería capaz de realizar. No le hicieron ni caso, tal vez pensaron que se estaba burlando de alguien, que aquello era una broma de algún despechado. Pero no se daba por rendido y aunque no era listo, tampoco era tonto del todo, sabía imitar y se fijó en como un peón abastecía de ladrillos y masa a un oficial y se puso a trabajar sin que nadie le contratara.

Aquello era enorme. Había oficiales y peones por todas partes. Cada uno iba a lo suyo y no había forma de saber quién era quién, solo tenía importancia el orden jerárquico. Los oficiales se reunían con los oficiales y los peones... esos andaban a la gresca, querían ser oficiales y algunos disimulaban e les imitaban aunque no fueran admitidos en el grupo superior. Lo malo es que acabado el trabajo nadie le pagaba, nadie le conocía y nadie le tenía en cuenta.

Escupió al suelo y se marchó. Aquello no podía quedar así.

Unos días después volvió al edificio en obras y nadie le echo en cuenta, ya que les era familiar. Entró en una de las casetas de la obra cuando consideró que estaría vacía de operarios y sin ninguna prisa limpió todos y cada uno de los bolsillos de los pantalones que había en el sitio que hacía las veces de vestuario. Les dejó desperrados. Ni se molestó en contar el botín. Las monedas las fue echando en una bolsa que encontró allí mismo y los billetes se los guardó a puñados en los bolsillos.

Salió sonriendo, de alguna manera le habían pagado y bastante bien el día que trabajó. Hasta tenía menos frío. Era más que curioso ver como al abandonar la tristeza su cuerpo se lo agradecía.

Ahora podría comer en condiciones y dormir a pierna suelta.

Pero dura poco la alegría en la casa del pobre y no había dado cincuenta pasos cuando le sorprendió un cartel en el escaparate de un negocio cerrado con su cara y el anuncio de que se tuviera cuidado con él. Le llamaban peligroso, criminal y avisaba de que andaba suelto.

Vio su reflejo en el cristal, al lado del cartel, y se fijó detenidamente en su frente, sus ojos, en la nariz y por ningún lado veía un criminal. Seguro que estaban equivocados, que aquello no era más que un error o una broma macabra del destino.

Alguien que pasaba por allí no era su misma opinión. Pareció reconocerlo y a una distancia prudencial se paró y le miraba descaradamente. A este alguien le siguieron otros muchos y aunque nadie se atrevía a acercarse a él en exceso, le cortaron todas las salidas posibles. Se fue acumulando gente y más gente, mucha gente de toda condición. Elegantes, modernos, vulgares, mendigos hambrientos, todos reunidos para dar caza al peligroso criminal.

Unos a otros se preguntaban ¿qué ha hecho? Nadie sabía. Los de adelante decían que lo mismo era por un cartel que había pegado en el cristal y que avisaba de que era un individuo peligroso, pero en concreto nadie sabía la verdad de por qué le tenían allí paralizado, acorralado, orinándose de miedo.

A los de atrás, por más que querían saber, no les llegaba ninguna respuesta, y tampoco veían nada por mucho que levantaban la cabeza, se ponían de puntillas e intentaban ver.

Nadie hacía nada, ni a favor del sujeto ni en contra. El cuadro vivo estaba suspendido en el espacio.

Carlos, escocido, sentía como el orín cálido resbalaba por sus piernas y como poco a poco se iba pegando el tejido del pantalón a la carne.

El tiempo estaba congelado. Para evadirse no se le ocurrió otra cosa que ir desnudando a cada uno de sus quince o veinte primeros potenciales opresores que le rodeaban.

De izquierda a derecha. El primero era un hombre bajito con algo de tripa y de mirada almendrada. No parecía peligroso. El segundo era una mujer de mediana edad peinada de peluquería, con su buena dosis de laca. Sí parecía peligrosa o al menos resentida. El tercero un hombre alto, mas alto que la media y que le miraba desde su altura inexpresivo. El cuarto era el que le reconoció en primer lugar. Sí, su cara le sonaba, pero no sabía de qué. Le vistió de camarero, de enfermero, de policía, de tendero, no encajaba en ningún gremio. Por más vueltas que daba no conseguía ubicarle.

--Leñe, seguro que es él.

Le puso una bola roja en la nariz, labios rojos exageradamente pintados sobre un rostro blanco y unas cejas verdes bien pronunciadas... no cabía duda, era el payaso que un día, en el que había caído a un charco y no era capaz de levantarse por el peso del alcohol que le atenazaba al suelo, le dio su mano, le levantó y después de sacudirle el agua sucia de la chaqueta le sentó en el saliente de un escaparate y le dejó recomendándole más cuidado y le sacó la lengua para arrancarle una sonrisa.

El payaso que un día le salvara, ahora desmaquillado, le iba a sacrificar. ¿Cómo decirle que era él, el que un día no muy lejano levantó del charco?. De cualquier forma reconocer al principal instigador de su situación límite no le servía de mucho. Cuando la aglomeración recobrar el movimiento su aniquilación era más que segura, no cabía duda.

En estas se le ocurrió que si se podía mover y sus perseguidores no, le bastaría con marcharse tranquilamente y cuando recobraran el movimiento no tendrían a quien linchar.

Quiso mover la pierna derecha y esta no obedeció al mandato de su cerebro. Lo intentó con la pierna izquierda e igual. Algo andaba mal, era capaz de pensar, de planificar pero incapaz de ejecutar ¿le estaría pasado lo mismo

a toda aquella gente que tenía enfrente? Seguro que sí, sino ya le hubieran despedazado. Y de allí era imposible escapar, salvo que volara.

Eugenio, en sus tiempos libres, cuando no estaba sujeto a la disciplina del trabajo remunerado, ejercía de payaso. Involuntariamente era el responsable de lo que le ocurría a Carlos en aquella calle. Cuando le vio se le quedó mirando tratando de averiguar quién era, ya que le pareció que le conocía y no acertaba a saber de qué. No le dio tiempo a reaccionar, sin darse cuenta se fueron agregando individuos y más individuos en su entorno provocando aquella situación en que un conglomerado de individuos acosaban a uno que se suponía peligroso.

Quería decir --Lo siento, no ha sido mi propósito. Pero no le salían las palabras necesarias y tampoco era capaz de abandonar aquella situación. Una fuerza mayor le tenía allí anclado, como el malo de la película, sin opción de defensa.

Era jueves, día de mercadillo. Carlos y Eugenio caminaban por una calle embarrada. Calle que había sido demolida y en la que estaban instalando unas enormes tuberías de hierro pintadas de negro y que transportaría el agua a aquellos barrios alejados y dejados de la mano de Dios.

Los obreros se afanaban en soldar dos trozos de aquella tubería y las chispas de los electrodos llegaban a un lado y al otro de la calle. No quemaban, pero por si acaso tanto Carlos como Eugenio se apartaron para que estas no les alcanzaran.

--Tenemos que darnos prisa.

Le decía Carlos.

--A este paso no vamos a llegar a tiempo a la boda. A ver si encontramos que ponernos.

Hicieron una parada técnica en la taberna de un amigo común que les caía al paso, camino de sus casas, donde cambiarían sus ropas de ordinario por otras más elegantes para asistir a la boda de aquella amiga con la que habían compartido tantos y tantos sueños y desvelos.

--Se nos casa, se nos casa.

Susurraba Eugenio, a su amigo Carlos.

Y era bien cierto. Adela compañera inseparable de ambos, primero novia casi formal de Carlos y después novia casi formal de Eugenio no podía

prescindir de ninguno de ellos para reír, decir tonterías, saltar la valla para ver un espectáculo o hacer cualquier gamberrada intrascendente.

Se casaba y lo hacía con un tipo que a ninguno de los dos le caía bien. Hay que reconocer que si se casara con cualquier otro tampoco les caería bien.

Antes de la ceremonia, ya trajeados, invitaron al futuro marido de Adela a dar un pequeño paseo y él a regañadientes aceptó.

Le llevaron a la calle de la instalación de la tubería y una vez allí le hicieron aproximarse a la zanja donde se unirían las tuberías con un pretexto pueril e infantil y del futuro marido nunca más se supo.

Adela no tuvo la boda que había previsto y se pasó llorando toda la tarde, se acabaron las risas, las gamberradas intrascendentes, decir tonterías y reírse por cualquier cosa.

Los trajes formales volvieron a los armarios y la ropa de ordinario ocupó su lugar.

Solo Adela podría devolverles la movilidad, quitarles aquel peso que les tenía adheridos al suelo

.

La vieron venir desde lejos. Caminaba pausada como si estuviera luchando consigo misma por hacer o no hacer. Muy pensativa. Se hizo un pasillo entre la gente inmóvil y se quedó entre ambos. Todavía no tenía decidido cómo actuar.

Carlos y Eugenio trataban de hacerle alguna seña con los ojos y con el rostro para que se decidiera a liberarlos, pero sus músculos también estaban bloqueados.

Finalmente tomó del brazo a Carlos y fue hacia Eugenio y le tomó con el brazo libre y los tres se alejaron de aquel lugar siendo observados por una multitud que no movió ni un dedo, ni por retenerles ni por seguirles.

Adela era considerablemente más baja que ellos y al caminar los tres en la lejanía se veía dos hombres que en medio llevaban un niño no demasiado alto.

Alternativamente miraba a Carlos y a Eugenio y una mueca de alegría asomaba en sus labios.

La calle está en su momento nueve treinta, más o menos, de la mañana. Estudiantes que se apresuran, señoras y algún hombre con carros de la

compra, negociantes, individuos que entran y salen de las cafeterías en busca de la primera dosis de cafeína y la madre que absorta en su móvil sigue a la niña montada en su bici sin pedales.

Al rato, no muy lejos de allí se pararon en el portal de un bloque de viviendas unifamiliares. Adela sacó un pequeño manojito de llaves del bolsillo trasero de su pantalón y sin vacilar abrió la puerta y los tres entraron en el portal.

Se dirigían al cuarto piso sin ascensor, a la casa de ella.

Sin prisas se desnudaron unos a otros y fueron amontonando, sin ningún orden, las ropas que se quitaban hasta quedar totalmente desnudos.

Eugenio se colocó una bola de payaso en la nariz y sin prisas fornicó con Adela mientras Carlos acariciaba a uno o a otro alternativamente.

Después fue el turno de Carlos con Adela y Eugenio se encargó de acariciarlos, primero a él y luego a ella.

Cuando Adela satisfizo sus deseos, Eugenio y Carlos se abrazaron, se frotaron, besaron cada milímetro de sus cuerpos mientras Adela les acariciaba.

Sudorosos, cansados, pero satisfechos, Carlos, abandonó la casa. Allí dejaba a Eugenio y Adela que comenzaban un nuevo rito amoroso.

Cerró la puerta del piso sin que apenas se notara que se marchaba. Se había puesto la camisa de Eugenio y los pantalones sin calzoncillos. Allí los dejó, no le parecía digno ponérselos con la suciedad que acumulaban.

Abrió la puerta de la calle y aspiró el aire de la ciudad profundamente.

No pudo expulsar el aire y si lo echó, fue inconsciente, una bala explosiva entró por el centro de su frente y explotó dentro de la cabeza.

No murió al instante, antes de desplomarse sobre su sangre dio dos o quizás tres pasos vacilantes.